

El íncubo

Por Naru Ishida

De nuevo la había dejado sola en aquella lujosa suite de uno de los hoteles más prestigiosos de Tokio. Acababa de hacer el amor con su novio y este se marchó enseguida para atender sus negocios. La chica deambuló por la habitación, pensando en lo mucho que había cambiado este tras el accidente que le había llevado a estar en coma durante varios meses. En aquel acto de hacía tan solo unos minutos, claramente no hubo amor por su parte, sino que más bien fue como un desquite, como si ella fuese una absurda y vulgar recompensa, ya que por alguna extraña razón, tras haber visto las noticias sobre aquel asesino al que buscaban, un tal Matsumura, su novio pareció estar más contento. Esa fue la causa y no ella.

Fue al cuarto de baño y se miró en el espejo. Akemi gozaba de una buena salud y buen físico, su pelo teñido de rubio caía sobre un rostro excesivamente maquillado, se trataba de esa moda en la que había que parecer más morena a toda costa, pues en su opinión no había nada bello en estar tan pálida. Vestía un picardías de color rojo con encajes en negro. Resopló ante el espejo pensando en aquella extraña actitud de su novio.

— “Es solo la amnesia” —se dijo a sí misma, auto convenciéndose. — “Cuando me recuerde, todo volverá a ser como antes...”

Lo que no sabía Akemi es que su novio llevaba una doble vida, y no siempre se marchaba para atender sus negocios, sino para atender las necesidades de otras mujeres. En definitiva, salía con un absoluto desconocido tanto antes del accidente como ahora, y ella tan solo era un peón más de aquel juego.

Mientras se lavaba los dientes, Akemi no dejaba de observar el espejo, se agachó para escupir en el lavabo y entonces lo sintió. Una ráfaga de aire frío sacudió un poco su pelo. Se incorporó deprisa y miró con extrañeza a su alrededor. Salió del cuarto de baño. Se dio cuenta enseguida del silencio tan

inquietante que reinaba en la suite, por un momento sintió un miedo sobrecogedor.

Decidió, no obstante, detenerse ante el gran ventanal, la vista de Tokio por la noche era espectacular, observó los enormes rascacielos e incluso la torre, un poco más al fondo, entre toda la maraña de edificios con múltiples luces de colores. De repente, sintió un poco de frío y se cruzó de brazos, y al sentir que alguien la tocaba el pelo por detrás se dio la vuelta muy contenta.

— ¡Saito por fin has vuel...!

Un escalofrío recorrió su columna vertebral e hizo que su vello se erizase por completo. Allí no había nadie. Pero juraría que alguien había abierto la puerta debido a la ráfaga de aire que había sentido y además la habían tocado el pelo... estaba segura. Comprobó la suite en su totalidad, nadie.

Extrañada, un tanto desconcertada y a la vez con miedo, decidió por fin acostarse, no obstante no podía quitarse la idea en la cabeza de que alguien estaba en la habitación. Tardó un buen rato en tranquilizarse y caer dormida, pero al cabo de pocas horas, un resoplido en su oreja la despertó. Sobresaltada, Akemi pasó un brazo por las sábanas, estaba sola, pero era como si hubiese algo allí. A parte del frío, sintió también un nauseabundo olor. Decidió encender la luz, quedando tumbada finalmente boca arriba, tapándose con la sábana hasta las orejas como si fuese una niña pequeña.

— ¿Qué demonios está pasando...? –susurró. Por su boca salía un denso vaho.

Entonces lo sintió claramente, no podía moverse. No era como si sus músculos estuviesen agarrotados, sino más bien como si algo o alguien estuviese sobre ella, aplastándola. Y era muy grande, de gran peso. Sin embargo, allí no había nadie visible. Intentó gritar pero no pudo, era como si se hubiese quedado muda de repente, no podía articular palabra. La angustia y el

más puro miedo se reflejaban en sus ojos abiertos y desorbitados. A continuación, una fuerza extraña la hizo abrir las piernas. Akemi respiraba entrecortadamente, no podía hacer absolutamente nada.

— Se trata de una pesadilla, es eso, no es más que una pesadilla —se dijo mientras cerraba los ojos— Despierta, despierta, muévete y despierta...

Desde el principio, las embestidas fueron fuertes y duras. Era inútil moverse, era inútil gritar. Alguien, claramente, la estaba violando. Sin embargo ella solo podía sentir aquel aliento frío y nauseabundo, ahora sobre su rostro, pero solo podía ver el techo de color gris mientras se sujetaba firmemente al cabecero, sintiendo aquella entidad, algo sobrehumano que la penetraba con fiereza, de una forma obscena y brutal.

El hombre, de traje gris, pulsó el botón que le llevaría a la veinteava planta. Resopló mientras se miraba en el espejo del ascensor y se aflojaba el nudo de la corbata. Una penetrante y glacial mirada de ojos azules se podía ver a través del reflejo. Aparentaba treinta y tantos, su rostro mostraba rudeza al estar marcado por numerosas cicatrices, tenía algunos piercing en labios y en el puente de la nariz, lo que le confería un aspecto de “matón moderno”, terriblemente atractivo. Una suave cabellera negra como la noche caía hasta su cintura. Nada más salir del ascensor, se encendió un cigarro.

Todo el hotel estaba en calma, había pedido expresamente aquella habitación, una que estuviese lejos de cualquier posible fiesta o ruido de otros huéspedes. Al introducir la tarjeta, percibió algo extraño. Entreabrió la puerta despacio y pudo sentir el frío, todo estaba demasiado silencioso. Decidió de inmediato tirar el cigarro al suelo y coger su pistola. Sigilosamente, avanzó apuntando con la misma.

Al llegar al dormitorio, observó a Akemi sobre la cama, inmóvil, parecía intentar luchar contra algo invisible que la sujetaba. La apuntó con la pistola, manteniendo firmeza y serenidad.

— Muéstrate.

Nada. Sin embargo Akemi dejó de luchar, de repente ya no sentía aquel peso sobre su cuerpo. Observó a su novio que la seguía apuntando con la pistola, por lo que se encogió sobre la cama y se puso a llorar. Como si nada, el hombre prosiguió.

— Me llamo Kunimatsu Saito, soy sirviente de Azazel, Señor de las Tinieblas. Muéstrate. –insistió. Aquello parecía una locura y Akemi no podía articular apenas palabra.

Pero las palabras de Saito surtieron efecto y algo comenzó a vislumbrarse sobre la cama. La imagen se fue haciendo más y más nítida. Un ser de piel gris y gran envergadura estaba de pie sobre la misma, tenía el pelo muy largo e igualmente gris, mediría unos dos metros. Su aspecto, aunque de apariencia humana, era terrorífico pero elegante, unas orejas puntiagudas asomaban a través de su pelo lacio, de su ojo salía una cicatriz aún cosida que terminaba en la boca. Se encontraba completamente desnudo. Akemi se llevó las manos a la boca por la impresión provocada, todo su maquillaje se había corrido a causa de las lágrimas. Lo más sorprendente fue lo que hizo Saito a continuación. Este resopló y bajó la pistola.

— Sabía que eras tú, reconocería ese puto olor en cualquier parte. Has vuelto de nuevo para divertirme ¿eh? Alastor...

Sin decir nada, este bajó de un salto de la cama y se puso frente a Saito, cruzándose de brazos.

— Nuestro Señor se impacienta –dijo con un tono grave exagerado.

— Lo sé, pero ya he localizado a Matsumura y dentro de poco se cumplirá la profecía, está todo bajo control. Pero tú no has venido a eso, ¿no? —terminó preguntando y posando a la vez sus ojos en Akemi, que seguía aterrorizada aferrándose a las sábanas.

— ¿Qué ocurre? ¿Quién eres? ¿Qué es él? —sollozó la chica aún más mientras se hacía un ovillo contra el cabecero de la cama. — Esto es... una pesadilla...

— Deberías sentirte afortunada —comenzó a decir Saito como si nada— pues realmente Alastor es de los mejores en su gremio y créeme, una vez que ha elegido una víctima, no la soltará así como así...

— Ayúdame, por favor, Saito... ayúdame... —suplicó Akemi.

— ¿Me suplicas ayuda? ¿A mi? Esto sí que tiene gracia... —respondió con sarcasmo.— La pobre cree que es todo un problema de amnesia —dijo ahora mirando a Alastor, el cual mantenía un gesto serio y la vista fijada en su víctima, tenía unos ojos amarillentos con pupilas de gato.

— Él... querida, es un demonio. Y yo... bueno, no se puede decir que sea un humano, el tipo que conociste nunca ha existido.

— ¿Qué... qué queréis de mí? ¡Dejadme en paz! —gritó desesperada.

Sin mediar palabra, Alastor alzó el brazo y la chica enmudeció de repente, aunque lo intentase, no podía gritar. Por su parte, Saito descolgó el teléfono que estaba sobre la mesita.

— ¿Servicio de habitaciones? Sí, quería por favor que trajesen cualquier cosa del menú y una botella de cava. Eso es. Perfecto. Gracias. — Colgó — Por favor Akemi, se complaciente con tu invitado, si te resistes ante un íncubo, será mucho peor para ti, tendrás que aprender a vivir con ello.

Antes de marcharse por la puerta y dejar a la chica con Alastor, este preguntó con voz muy ronca.

— ¿Qué vas a hacer ahora?

— Bueno, yo también tengo derecho a divertirme.

Al cerrarse la puerta, la chica de nuevo se encontró indefensa con aquel ser que ahora podía ver en su plenitud. Alastor no dijo esta vez nada, torció un poco la boca y la abrió. Una lengua increíblemente larga asomó por lo misma, terminaba en punta y casi le llegaba a la altura de su propio ombligo. Akemi tenía las manos en la boca por el espanto y mantenía en tensión todos los músculos de su atormentado cuerpo. Observó atónita como aquel ser subía de nuevo a la cama, una fuerza tiró de sus brazos y piernas, estirándolos por completo. Alastor se tumbó sobre ella, aplastándola, poniendo esta vez sus grandes manos sobre los senos de la chica. Akemi temblaba mientras percibía de nuevo aquel frío y nauseabundo aliento en su oreja, la respiración de Alastor era fuerte.

— Basta... —suplicó— ¿cuánto va a durar esto?

— Hasta que se te pudra la piel bajo mi.

Al cabo de poco rato, golpearon en la puerta de la suite. Saito acababa de salir de la ducha y abrió la misma ataviado únicamente con una toalla amarrada en la cintura y otra sobre sus hombros, secándose el largo pelo que aún tenía húmedo.

— Disculpe, servicio de haa... habitaciones —terminó diciendo la persona que traía el pedido en un débil susurro, entreabriendo a la vez la boca por aquella imagen tan increíblemente seductora.

Se trataba de una chica joven, bastante guapa y de aspecto dulce. Iba vestida pulcramente con traje de maido y cofia en la cabeza. Saito sonrió con cierta ironía en su rostro al ver como la chica se avergonzaba y se hizo a un lado para que entrase con el carrito. En el mismo había un plato tapado y una cubitera con la botella de cava que Saito había solicitado.

— Me encanta el servicio de este hotel.

Al dejar el carrito donde Saito le había indicado, la muchacha dirigió su vista hacia la puerta del dormitorio, claramente se oían los golpes del cabecero de la cama y unos gemidos muy graves, sonoros.

— Ah... eso... verás —comenzó a explicarse Saito poniendo cara de víctima— Mi novia está en esa habitación con... mi mejor amigo, acabo de pillarles juntos y... —hizo como que se acongojaba, sin duda Saito la tenía en el bolsillo, pero tenía que asegurarse de poder llegar hasta el final y culminar así esa gran noche. Continuó con su actuación. —Acabo de despertar en el hospital, estuve en coma varios meses, llego aquí y mira lo que me encuentro...

— ¿Qué te pasó? —preguntó la chica con mucho interés.

— Un accidente, esquiando, perdí el conocimiento y cuando desperté no recordaba nada. Hasta que bueno... descubrí lo de mi novia que está ahí y... bueno ya sabes.

— Vaya, pobre... te tienes que sentir muy traicionado, no es justo. —observó como Saito se pasaba una mano por el pelo aún húmedo, echándoselo hacia atrás. Esto hizo que las piernas de la muchacha temblasen, su corazón se le saldría por la boca de un momento a otro. Saito estaba cubierto de tatuajes y su musculatura era absolutamente envidiable. Su mirada de ojos azul cielo se clavaron en ella.

— Puedo preguntarte... ¿cómo te llamas?

Estaba claro que iba a decírselo, pero le gustaba aquel juego previo de seducción. La chica tragó saliva antes de contestar.

— Me llamo Angélica.

Ahora Saito se acercó, ya no se cortaba. Cogió un mechón del pelo de la chica y lo deslizó entre sus dedos.

— Un ángel... como yo –soltó. — En fin, Angélica, es una pena y será un desperdicio –dijo mirando la comida y el cava— Había pedido esto para celebrar mi regreso con mi novia y al final, bueno, supongo que tendré que tomarlo yo solo, a no ser... bueno, ¿sería algo inapropiado si te pido que lo compartas conmigo? –terminó acercándose más, la tenía arrinconada contra la pared.

— A... acabo de terminar el turno –soltó Angélica de forma automática, era estar dentro de un maravilloso sueño. Él, era un sueño.

Saito se apoyó finalmente contra la pared, la chica era más baja en comparación. Observó con asombro que Saito se acercaba a su oído. Su aroma resultaba embriagador, muy varonil.

— ¿Sabes que tu nombre al revés se dice Acilegna?

Dicho esto, la toalla resbaló por entre sus musculadas piernas, cayendo al suelo con elegancia, como invitando a entrar en un mundo de lujuria y deseo que llevaban por nombre Kunimatsu Saito.

En el dormitorio, el demonio íncubo, ahora visible, gritaba y jadeaba, moviendo las caderas a una velocidad de vértigo, haciendo que la cama golpease fuertemente contra la pared. Parecía que de algún momento a otro, esta se vendría abajo. Alastor se retorció en su placer mientras que su víctima gemía

por el dolor y el sufrimiento debido a su impotencia. Aquella bestia tenía una gran fuerza, por lo que, poco a poco, Akemi dejó de ofrecer resistencia. El cansancio y la fatiga pudieron con ella, por lo que ahora tan solo era un pelele, un juguete en manos del feroz demonio, el cual parecía incansable e insaciable.

— Voy a morir... —susurró la chica mientras las lágrimas, ahora silenciosas, recorrían su rostro.

Sintió la eyaculación de su torturador y este paró. Sin quitarse de encima apresó el rostro de la muchacha con ambas manos y lo lamió con su larga lengua de abajo arriba, lentamente, expulsando aquel desagradable aliento sobre su piel.

— Sin duda, eres la mejor zorra que me he tirado. Y... sí, vas a morir —terminó diciendo el demonio.

— ¡Saito! ¡Maldita sea! ¡Ayu...!

Pero sus gritos se vieron ahogados cuando Alastor tapó la boca con su mano. La chistó en el oído.

— No supliques, él no va a ayudarte. Él... tampoco es humano y además... tú ahora eres mía.

Alastor hablaba muy despacio y en un tono bastante grave, como si nunca en su vida hubiese pronunciado una sola palabra y estuviese hablando por primera vez, como haciendo un gran esfuerzo para ello.

Ajenos a lo que acontecía en el dormitorio, Saito tenía arrinconada a la empleada contra la pared, apoyando ambas manos sobre la misma. No hizo

nada por recoger la toalla que se había resbalado y caído ante los pies de la chica.

— Vaya, ¿le importaría recoger lo que se ha caído?

La chica resopló y en lugar de agacharse fue resbalando con la espalda pegada a la pared hasta quedar en cuclillas. Cuando llegó a una determinada altura no pudo mirar y cerró los ojos, su corazón pugnaba por salir de su cuerpo, sudaba. Tanteó con las manos para coger la toalla y cuando la asió, abrió los ojos. Se sorprendió mucho cuando sintió una mano en su muñeca y vio el rostro de Saito delante de ella, también se había agachado.

— ¿Por qué no vas sirviendo el cava, Angélica?

No se lo tuvieron que decir dos veces. Sin embargo, estaba tan nerviosa que la temblaba compulsivamente la mano mientras llenaba la primera copa. Y cuando iba a rellenar la segunda, Saito, que se había puesto justo a su espalda, aferró su mano con firmeza contra la botella para ayudarla a servir sin que se derramase la bebida.

— Así... despacio, no te pongas nerviosa, no queremos que se derrame ni una gota, ¿verdad? –susurró.

Qué fácil le resultaba decir aquello al hombre que solo ya con su mirada provocaba el despertar de los instintos más ancestrales de una mujer, y en el caso de Saito, los más bajos instintos.

Mientras ayudaba a llenar la copa, Saito observó fugazmente la puerta del dormitorio que tenía enfrente.

— “Alastor, hazlo ahora”

De alguna forma, Saito parecía ejercer una gran influencia y se podía comunicar con aquel demonio, y este comprendió enseguida lo que quería que realizase.

Ahora, en la habitación, Akemi observó como el monstruo torcía la boca en un gesto claramente obsceno, mientras sacaba la lengua. Se separó un poco sin dejar de estar sobre ella y con sus afiladas uñas rasgó el picardías por la mitad.

— ¿Qué... qué vas a hacer?

Pero Alastor no contestó y Akemi creía que aquel ya era su final, ya está, iba a matarla. El demonio continuaba sonriendo de esa forma obscena y la costura de su boca se estiraba aún más. Sin embargo, no sucedió lo que Akemi esperaba, Alastor sacó la lengua y empezó a recorrer con la punta de la misma su pecho, sus pezones, bajando hasta el ombligo, perdiéndose en su intimidad la cual se humedeció al instante. Todo sin agacharse demasiado, ya que la lengua era tan larga que llegaba sin problemas a donde tenía que llegar.

La chica comenzó a gemir, pero esta vez, del puro placer. Se aferró a las sábanas arrugándolas entre sus dedos con fuerza, retorciéndolas, a la vez que se preguntaba por qué, ¿por qué ahora su torturador estaba siendo complaciente?

Sabía que no le hacía falta mucho para encandilar por completo a aquella empleada de hotel, sin embargo a Saito le gustaba realizar su particular teatro de seducción. No bastaba con hacerla sucumbir bajo sus encantos, tenía que asegurarse que caería completamente rendida en sus brazos para realizar todo lo que él quisiera. Ahora Saito llevaba un pantalón de seda color gris y nada en la parte superior lo que le daba un aspecto ferozmente sexual. Desprendía una absoluta virilidad por cada poro de su cuerpo. Angélica observó que alzaba la copa para brindar y ella hizo lo mismo.

— ¿Por qué brindamos? —preguntó la chica.

— Por el destino.

Ambos bebieron de sus copas, Saito lo hizo de un trago. Posteriormente se encendió un cigarrillo y mostró el sofá para que su invitada se sentase, él lo hizo a su lado. Angélica no sabía ni como sentarse sabiendo lo que había a su lado, sin embargo Saito extendió sus enormes brazos por detrás, sosteniendo la copa en una mano y el cigarro en la otra, disfrutando sin lugar a dudas de aquella situación.

— Dime Angélica, ¿qué prefieres? ¿Ángeles o demonios?

La pregunta era un tanto extraña pero la chica respondió con seguridad.

— Ángeles.

— Sabia respuesta, entonces has tenido suerte, porque lo que hay ahí dentro, es un demonio y yo... soy el ángel.

Golpe de efecto. Aunque obviamente, la chica no lo tomó en el sentido literal de la palabra. Escuchaba perfectamente los golpes y los gemidos del dormitorio, lo que constataba aquella traición y en la cual Saito era “la víctima”.

— Lo oyes ¿verdad?

— No se cortan en absoluto —dijo Angélica sin poderlo evitar.

Tras un largo suspiro y una calada de cigarro. Saito prosiguió hablando, se acercó más a la chica.

— ¿Sabes qué es lo que realmente me molesta? —Comenzó a decir serio mientras señalaba el dormitorio con la mano en la que sostenía el cigarro—

Ellos... me daban ya por muerto. Y no puedo recriminar ni reprocharles nada, porque ni siquiera sé quién soy. No recuerdo nada. No soy nadie.

— ¡Eso no es cierto! —Soltó Angélica más alto de lo que hubiese deseado. — A mí sí... quiero decir yo sí...

— No te preocupes por mí —cortó Saito mientras la silenciaba poniendo el pulgar en labios de la chica, sosteniendo su barbilla. Su mano era grande y de tacto suave. Verle directamente a los ojos era como una fuerte droga de la que sería muy difícil desengancharse.

De repente, un gran gemido, sin lugar a dudas de Akemi, inundó toda la suite. Alastor no solo la había provocado aquel brutal orgasmo sino que además hizo que la chica eyaculase, lo que multiplicó considerablemente el placer provocado. Algo sobrenatural.

Al oírlo, Saito emitió un chasquido con la lengua. Iba a servirse más cava cuando Angélica le detuvo poniendo la mano en su gran brazo. Este se vio sorprendido cuando la chica, totalmente azorada, le dio un rápido beso en la mejilla. Aunque realmente, en su interior, a Saito no le sorprendió lo más mínimo, era justo lo que estaba esperando.

— ¿Por qué has hecho eso?

No parecía molesto, pero por si acaso, Angélica se disculpó.

— Lo siento yo... es que me gustas mucho y no mereces lo que te están haciendo y...

— Entonces... si quieres besarme Angélica, hazlo bien. — indicó mientras apagaba el cigarro contra el cenicero y se lanzaba despacio a besarla en los labios. Al hacerlo, la chica se encogió sobre el sofá, se hizo pequeña ante aquella inmensidad que se la venía encima, literalmente, pues Saito hizo que fuese resbalando y quedase bajo él, totalmente a su merced.

Besaba despacio y de inmediato ofreció su lengua. Sabía a tabaco mezclado con menta o eucalipto. Su respiración era un tanto fuerte y desprendía un aroma embriagador, absolutamente varonil. Un placer prohibido de carne y hueso. Angélica puso torpemente las manos sobre sus grandes hombros, sudaba frío y temblaba, pero no quería parecer nerviosa, por lo que apretó sus finos dedos sobre los músculos de aquel ser. Por un momento, Saito hundió más su lengua para terminar finalmente atrapando los labios de la chica entre los suyos. Se separó un instante.

— Agradezco tu afecto, pero no estaría bien por mi parte aprovecharme de esta situación y...

— ¡No! Quiero decir... en absoluto y además yo... quiero que seas feliz. Yo...

Ya está, había logrado su objetivo, demasiado fácil. Saito observó ahora como Angélica se desabrochaba la parte delantera de su vestido, demostrando así que quería continuar complaciéndole. Le ayudó a quitárselo. Sus ojos azules devoraron ahora la fina y suave piel de la chica, terminando el recorrido en su sostén, el cual Angélica desabrochó por la parte delantera, dejando que sus senos respirasen y gozasen de aquel inmediato contacto, pues las manos de Saito actuaron deprisa, los atrapó entre sus dedos y a continuación hundió su cabeza entre los mismos para saborearlos. Ahora fue Angélica la que gimió del puro placer, pues estaba dando de su alimento al ángel renegado.

Un escozor, palpitante, hizo acto de presencia en la intimidad de la chica. Apenas si podía soportarlo, se mordió los labios mientras contemplaba aquella masa muscular sobre ella, sintiendo su piel, su largo pelo que caía como cortinas a ambos lados, contemplando aquellos tatuajes moviéndose al compás de su cuerpo. Saito parecía adivinar su deseo y descendió lentamente hasta llegar a su torrente de humedad. Primero lo acarició suavemente con el dedo medio. Los fuertes gemidos de Angélica fueron ahogados con otro beso y Saito prosiguió con aquellas caricias torturadoras para posteriormente

continuar con su boca, lamiendo muy despacio, para que su particular doncella no estallase tan pronto.

— Sa.... aaaah... Saito... kun...

Cuando escuchó su nombre, Saito la abrazó y la incorporó haciendo alarde de su fuerza. La dejó sentada en el sofá y él se puso frente a ella, se acercó lo suficiente para que el rostro de Angélica quedase justo delante de su perfecto y musculado abdomen. La chica tragó saliva pues ya sabía lo que Saito deseaba, su erección era más que evidente. Este se despojó de los pantalones, dejando libre su enorme masculinidad. En ese momento Angélica se apoltronó contra el fondo del sofá, con la boca entreabierta y los ojos como platos, esta vez, no pudo cerrarlos. Saito se acercó aún más, quedando de rodillas en el sofá, sobre ella, elevándose como si fuese una montaña. Sin decir nada, paseó la lengua por sus labios, en un gesto claro y provocador.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas y procurando no temblar, Angélica le correspondió, lamiendo con fervor aquel pedazo de lujuria.

La pasión se había desatado. El león había soltado su negra melena y quedó patente su fuerza cuando elevó a su presa sobre sus caderas para hacerla finalmente suya.

Se acabaron los juegos, se acabaron las mentiras, la bestia había logrado su objetivo. La joven Angy gemía de placer entre sus fuertes brazos, sacudiéndose en el mismo cielo, perteneciente a aquel ser de otro mundo cuyo nombre era Kunimatsu Saito.

Siempre lo lograba, y aquella no iba a ser una excepción. Atractivo, adinerado, buena fama... Saito lo tenía todo, aparentemente, para lograr el éxito y sus objetivos.

Pero tener todo era lo mismo a no tener nada. Esa era su realidad. Embriagado por la corrupción y por un pasado que no podía olvidar, Saito era

en aquel momento, el ser más desgraciado, no solo del mundo humano, sino también del inframundo y del paraíso, a donde realmente pertenecía. Incapaz de ver aún la absoluta verdad, incapaz aún, de poder amar...

La había torturado sin descanso, sin embargo, aquel monstruo de nombre Alastor jugaba ahora con su víctima, tal como le habían ordenado, para provocarla ahora un mayor placer. Akemi no tuvo finalmente más remedio que rendirse, rendirse en los brazos de aquel ser que rozaba la locura, que sobrepasaba a la imaginación. Hacía tiempo que la chica dejó de resistirse, ahora veía la muerte cara a cara, pero la propia muerte era quien la estaba satisfaciendo, como ningún ser humano hasta ahora lo había hecho. Lloraba ahora desconsolada por aquel terrible pensamiento, la sensación de querer seguir a pesar de saber cuál era su final. Continuar, continuar a pesar de todo. Sufrimiento y placer iban ahora unidos de la mano. Es por eso, que decidió doblegarse, si aquel era su final, qué importaba ya todo... nunca había sido nadie, nunca había llegado a nada.

— Alastor... él te llamó así... —dijo de pronto sin mirarle, conmovida por todo lo que la estaba sucediendo. Este se acercó más a ella, dejando que su putrefacto y frío aliento la inundase los pulmones como si fuese veneno.

— Humana... ¿cómo te atreves... a llamarme por mi nombre?

Los labios de la chica temblaban y observó ahora aquellos ojos terribles, la mirada de un demonio de verdad. No podía dejar de sollozar.

— De... déjame complacerte...

El demonio soltó una enorme y grave carcajada que retumbó en la habitación.

— Interesante humana... aunque doblegarte no significará que tenga piedad por tu alma. — Se acercó más a su rostro— Voy a consumirte... voy a hacer

que te pudras por dentro, que saborees el placer de la muerte... considérate privilegiada, humana... pues yo soy el mejor en mi campo.

Dicho esto, el íncubo quedó debajo, pero aun así la chica sintió hacia él una especie de atracción magnética, como si estuviese ligada a él, hasta su muerte, por lo que no podía escapar. Con manos frías y temblorosas, la chica acarició aquella piel tersa y gris, intentó secar sus lágrimas y engulló la masculinidad del demonio, lamiéndolo con repulsividad pero de forma eficiente. Este sujetaba la cabeza de la chica con una sola mano, aferrando la misma con fuerza e instándola a ir más rápido.

Al eyacular, Alastor lo hizo sobre el rostro de Akemi. Manteniendo una distancia, el demonio sacó aquella lengua de medio metro, grisácea como su piel, y lamió su propio néctar. Sin dar tiempo a la tregua, tomó su mandíbula con fuerza y de nuevo la obligó a ponerse bajo él, quedando el íncubo en la posición que le correspondía: encima.

— Una humana complaciente... lástima que ya haya llegado tu hora. Nos veremos... en el infierno.

Dicho esto, hundió su lengua dentro de la boca de la chica, tanto, que se ahogaba sin remedio. Akemi pataleaba, pero ya era demasiado tarde, había recibido aquel “beso” de muerte. Sus ojos se apagaron y su cuerpo dejó de convulsionarse.

Fue el final para una de las múltiples víctimas de este demonio torturador, y no sería la última...

Fin.